

ra que cruje al viento con violencia; pero que rasgada ó no, permanece en su puesto de honor, puesto bastante alto. Allá arriba, en el vértice de la torre, nada oscila, ni el piso se estremece ni más ni menos que un balcón del boulevard Haussmann: ningún ruido llega allí de abajo: sólo la bandera de 14 metros ondea mostrando á las nubes sus tres colores republicanos.

Ahora pues descendamos. En el momento de partir, parece que el ascensor tiene bruntos de darnos un recalcón. Una dama despavorida, despeinada, sin pensar más que en el peligro, da un grito de espanto.

De pronto, como si esto no bastara, un trueno horrísono estremece la torre y hace crujir el ascensor con verdadero sobresalto de todos.

Y al fin no era nada, ó sólo era el cañonazo de las seis.

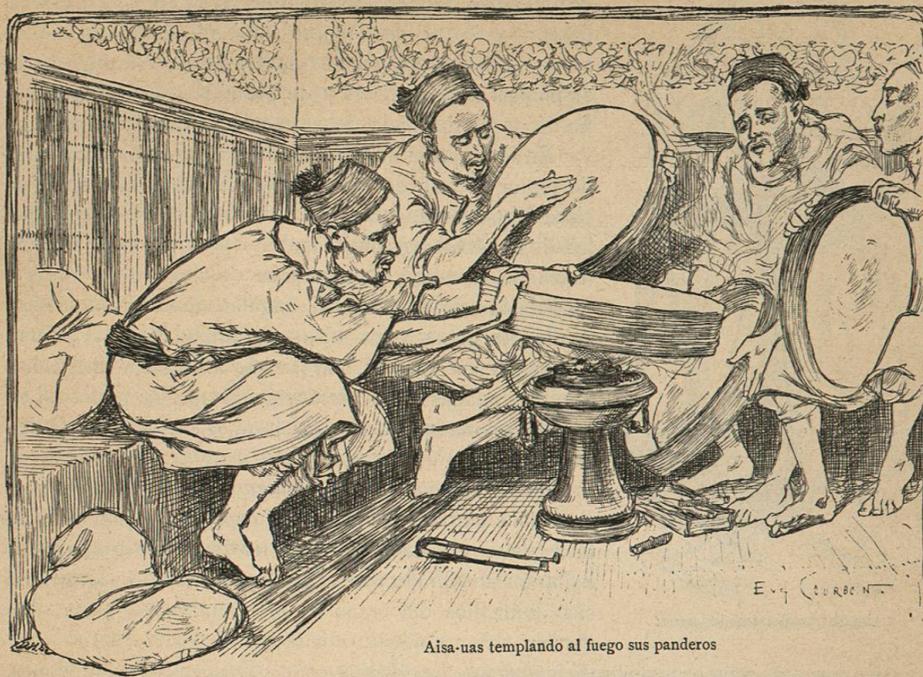
Todos se dan buena prisa en tomar sitio en el restaurant para estar á gusto en el momento del fantástico espectáculo de la noche, para el cual debe resucitarse una palabra mal aplicada en otro tiempo, diciendo de él que la *Europa nos lo envidia*.

Y los curiosos visitantes se retiran con los ojos llenos de encanto y con el deseo de volver á menudo á visitar ese extraño y maravilloso país, desde el cual se puede escupir sobre la humanidad de abajo, lo que, por lo demás, hacen ciertas personas reñidas con la urbanidad.

Pero bien que haya hecho yo muchas ascensiones en la torre de los trescientos, ya á las serenas y tibias horas de la siesta, ya al ocaso del sol que arroja un manto de púrpura sobre aquel encaje de hierro, ora de noche al resplandor del alumbrado eléctrico y de las luces de Bengala, ora durante una tempestad, en que la lluvia fuerte como una coorea nos azotaba al paso, todavía es mi primera ascensión la que yo prefiero en mi memoria aquella exquisita novedad de la sensación, entre los operarios colgados en el vacío y los pintores, colgados también y rojos como cerezas en un árbol sin hojas.

Sin embargo, si yo hubiera de estar preso, desearía vivamente estar encerrado allá arriba en la linterna de la torre. Es acaso el mejor lugar del mundo en que el espíritu puede cernerse con mayor libertad, y en que siente que rompe las puertas del horizonte, ese calabozo que nos sigue á todas partes.

EMILIO GOUDEAU.



Aisa-uas templando al fuego sus panderos

LOS AISA-UAS

La otra tarde, estando en casa de mi amigo el capitán L., decidimos de repente ir á ver á los aisa-uas al café argelino de la Explanada de los Inválidos. Cuando llegamos á cosa de las nueve, se formaba ya cola á la puerta del establecimiento, alumbrado por fanales cuadrados de vidrios rojos, que proyectaban un resplandor de incendio en las paredes y tapices de la entrada. Cerca del umbral, sentado á una estrecha mesa y cubierto con el clásico fez, había un empleado, que se cuidaba de despachar los billetes; á proporción iba acumulando delante de sí monedas de oro y plata, y había algo extraño y ya cruel en el aspecto de este hombre con cabeza de corsario, ocupado en manejar la reluciente moneda roja y aun se hubiera dicho teñida de antemano con la sangre de esos aisa-uas, que sin embargo, nunca sangran.

Yo, por mí, iba á este espectáculo con cierta aprensión. Mis compañeros, aun sin disimularme el placer que tenían en espantarme, me habían hablado de recias agujas que penetraban en las carnes, de estómagos cortados con navajas de afeitarse, de globos oculares extraídos de su órbita á punta de cuchillo. Estaba yo, pues, un tanto nervioso, temiendo algo repugnante.

En cuanto pasamos el umbral, procuramos hender la multitud que se apiñaba en el interior, quien en pie, quien sentado, y acabamos por acomodarnos á la derecha cerca del estrado: sólo entonces tuvimos lugar y ocasión, mientras comenzaba el espectáculo, de examinar á nuestro gusto el aspecto de la sala y la fisonomía de la concurrencia.

Lo que desde luego me llamó la atención fué el excesivo número de mujeres que se



Aisa-ua traspasándose las carnes

encontraban allí, acomodadas en las mejores localidades hasta la primera fila; las que, habiendo llegado tarde, se veían reducidas á quedarse en el fondo del café, aparecían arrimadas á las paredes y de pie sobre sus taburetes, á fin de no perder nada del espectáculo que se preparaba.

En la mayoría de ellas no observé ninguna apariencia de temor ni aun de aprensión, cualquiera que fuese la clase á que pertenecían, lo mismo las del *Faubourg*, que las de un *faubourg*, mujeres de viejo hotel ó de pequeño hotel. Todas ellas, acompañadas de elegantes y de *club-men* de la misma categoría, engalanadas con los mismos sombreros grises y los mismos adornos blancos, permanecían en sus puestos, pareciendo más bien satisfechas que disgustadas de la circunstancia que las ponía así en contacto por espacio de una hora ó dos ó tres. ¿Quién sabe?

Todas parecían en su elemento. Su impaciente sonrisa tenía cierta dulzura sanguinosa, digámoslo así; era fácil prever el estado cierto de fervor amoroso en que se hallarían al salir de este espectáculo, cuando volvieran á sus domicilios del brazo de los hombres que las obedecían.

En las risas más ó menos reservadas que cambiaban con sus respectivos campeones, se adivinaban alternativamente libres chanzonetas y palabras tiernas ó galantes. El sofocante calor hacía aletear más precipitadamente á los abanicos, y nada, á buen seguro, era más pintoresco, más de Exposición, que la *selecta* reunión de aquellos hombres y mujeres, que sin conocerse se juntaban en una misteriosa y vaga francmasonería, ansiosos de ver con cruel curiosidad á seres como nosotros traspasarse las mejillas y la lengua, comer vidrio y lamer hierros incandescentes.

La única angustia que se pintaba en el semblante de dos ó tres no provenía sino de la certeza que tenían de la insensibilidad de los fanáticos, y sus graciosas muecas significaban claramente su despecho á la idea de que todos aquellos cuchillos y hierros que se les habían prometido sólo se iban á hincar en carnes entorpecidas ó muertas.

Y mirando yo á tan lindas señoras y señoritas tan elegantemente adornadas de grandes sombreros de paja, frescos y delicados como sombreros de jardín, y tan bien calzadas de guantes á la sueca, teniendo casi todas bajo sus modestos párpados tan ingenuas y dulces miradas, pensaba que había sido en verdad un desacierto lo de impedir en París las corridas de toros alegando las pobres razones que todos sabemos, y que bastarían ocho días á nuestras señoritas de orillas del Sena para ver impasibles despanzurrar caballos en el redondel de la plaza. Todo se le puede hacer ver, todo, á una mujer que se siente joven, bonita y mirada codiciosamente por hombres.

En el estrado era muy diferente el golpe de vista, y una hábil preparación de escena había presidido á la disposición de los personajes que había allí agrupados. En primer lugar, bien adentro en el fondo, dos hombres con turbante, los dos *cheikes*, sentados en divanes, teniendo á derecha é izquierda á los aisa-uas en número de seis.

Todos ellos, con la cabeza descubierta, los brazos desnudos y descalzos de pie y

pierna, estaban vestidos de túnicas de tela blanca prendida á los lomos por un cinturón rojo, y cada uno tenía en la mano su *bendir*, especie de pandero que tiene gran semejanza con un harnero; pero no lo tocaban aún, limitándose uno tras otro á acercarlos á un brasero colocado delante de ellos, para que se estirara bien la piel y adquiriera la sonoridad requerida.

Muy cerca de ellos, acurrucadas en el suelo sobre una alfombra, dos gruesas negras del Sudán miraban á la concurrencia con ojos estúpidos de bestia, y finalmente al borde mismo y á cada extremo del estrado, había sentado un centinela vestido con larga túnica negra, con la cara cubierta con un velo también negro, que salía de un turbante rojo y alto como una tiara. En su mano de bronce, posada sobre la rodilla, había como clavado un abanico blanco, que no tenía el menor movimiento; y estas dos estatuas humanas, inmóviles, negras y fieras, que no hicieron ni un gesto durante las dos horas de función, evocaban el misterio de los grandes serrallos, en Estambul, y las facciones nocturnas montadas tras de las puertas de metal.

Era para turbar á cualquiera aquella presencia muda y la especie de vigilancia impenetrable que parecían ejercer, y sin querer, no estaba uno lejos de creer que iban á levantarse de repente y desaparecer de allí para ir á cualquier parte, cortar una cabeza silenciosamente y volver al mismo sitio tranquilos y reservados. Mil recuerdos terroríficos de lecturas de la infancia, en que se trataba de sacos de cuero arrojados al Bósforo en noche sin luna ni estrellas, surgían en la memoria.

Con todo eso, el público ahora agitado, comenzaba á manifestar impaciencia, cuando de pronto rompieron á tocar los panderos con un furor espantable.

Los seis aisa-uas, manejando á la altura de la cara el redondo instrumento, que los cubría como una rodela, golpeaban juntos y á exacto compás, y luego al punto se sintieron poseídos, arrebatados al trote por el ritmo guerrero de esta especie de carga sagrada, que se precipitaba, se contenía, se aceleraba otra vez y enardecía, siempre más y más amartillada y violenta, única música guerrera capaz de entusiasmar á tan salvajes criaturas y hacerles subir al asalto de la Locura.

Yo mismo, al oírla, me sentía arrebatado, poseído del deseo de saltar á caballo y aullar al viento: pensaba en la toma de Argel. El ruido de esta generala de Oriente daba ganas de desenvainar á brazo tendido; y sólo en este momento comprendí la necesidad de ruido que tienen los soldados para vencer, ruido de tambores y clarines, porque clarines y tambores son como el ajeno de las batallas.

Pero de pronto, sin transición ni nada que lo preparara, sucedió un profundo silencio, y un hombre rubio, puesto de redingota, que tenía la dulzura de tono y de maneras de ciertos empleados superiores de la administración de pompas fúnebres, avanzó con cierta gravedad en el estrado.

Traía en la mano, con la punta de los dedos, un paquete de largas agujas de acero, á la manera de esos pobres diablos que venden palillos ó mondadientes en las puertas



Aisa-ua comiendo culebras